



Gérard de Cortanze



Los amantes de Coyoacán



*La secreta historia de amor entre
Frida y Trotsky*

Novela  Planeta

Gérard de Cortanze

Los amantes de Coyacacán



1

El 20 de diciembre de 1936, salió del puerto de Oslo el buque petrolero *Ruth*. La temperatura era de diez grados bajo cero. Una nieve liviana caía sobre el fiordo y las frondosas colinas que lo circundan. De no surgir ningún imprevisto durante la travesía, el petrolero atracaría tres semanas más tarde en el puerto de Tampico. Además de llevar su cargamento de combustible, transportaba otro menos habitual: un hombre y una mujer.

Si el hombre y la mujer habían optado por aquel navío de marcha tortuosa es porque deseaban llamar lo menos posible la atención. O mejor dicho, habían sido las autoridades noruegas, de cuya protección se beneficiaban, las que habían considerado que subirlos a un vapor más convencional suponía tomar demasiados riesgos.

En realidad, el hombre y la mujer se escondían. Un oficial de la policía, un tal Jonas Lie, viajaba con ellos. Aunque el capitán Hagbart Wagge les había cedido su propio camarote, les estaba prohibido hacer uso de la radio para comunicarse con el exterior; y la pistola, que el hombre llevaba consigo en todo

momento, tuvo que ser entregada a Jonas Lie. Siendo los únicos pasajeros de un barco por demás vacío, serían autorizados a salir del camarote, pero sólo cuando así lo hubieran decidido el capitán y el policía. El hombre y la mujer, quienes, aun viajando en un petrolero, se encontraban todavía en territorio noruego, eran en la práctica prisioneros bajo libertad vigilada.

Se marchaban, en efecto, por fin, pero con el miedo a cuestras, y pensaban, no sin razón, que aquella travesía del Atlántico bien se podía prestar para la organización criminal de un «accidente», puesto que a partir de entonces escapaban a la mirada de la opinión pública, de la prensa, incluso adversa, que los acorralaba, de los camaradas, que desde hacía años los acompañaban.

Tras unas horas de navegación, entumecidos por el ronroneo de las máquinas y el balanceo del buque, miraron por el ojo de buey de su camarote: frente a ellos se extendía una mar opaca y vinosa, espesa, en la que el agua se asemejaba a un bosque.

2

A pesar de que el asilo les había sido otorgado por el presidente de la República mexicana, Lázaro Cárdenas —con lo que habían tenido que comprometerse a no llevar a cabo ninguna actividad política y exigir a sus partidarios que no organizarían, para su llegada, ningún evento susceptible de provocar disturbios—, los «amigos desconocidos», quienes, como lo reconocía con emoción la mujer, «habían obrado desde el otro lado del mundo para su salvación», eran en definitiva dos: un publicista y un pintor.

En realidad, el principal autor intelectual de su llegada era el segundo de los «amigos desconocidos»: el pintor. Expulsado del Partido Comunista en septiembre de 1929, a punto de cumplir los cincuenta, recientemente se había incorporado a la Liga Comunista internacional.

El que fuera considerado por muchos, hacía todavía unos años, como el más grande muralista de su época, ya no era el «ojito derecho» de nadie, como se dice. Considerado persona *non grata* en la Unión Soviética de Stalin, su posición en su pro-

pio país era sumamente incómoda. Sus detractores acababan de destruir con ácido sus frescos del Palacio Nacional, y los portales de la Avenida Ruvalcaba, decorados por él, eran ahora un deshuesadero de autos. Cuando pintaba sus frescos murales en los edificios públicos de México, lo acusaban de recibir dinero por parte de los comunistas; y cuando cubría algunos muros de Nueva York con pinturas didácticas, le reprochaban vender su alma al capitalismo norteamericano.

Los rumores más descabellados circulaban sobre su persona. Fanfarrón, mentiroso, inventor de historias inverosímiles; todo ello alimentaba los argumentos de sus enemigos. Se decía de él que había crecido en el cerro, criado por una india, que había sido la mascota de un burdel en Guanajuato, que había sido amamantado largos años por una cabra y que había tenido su primera experiencia sexual a los nueve, con una institutriz protestante. También se contaba que había probado carne humana, que practicaba la brujería siguiendo los antiguos ritos y que siempre llevaba una pistola que no dudaba en sacar, disparándole a fonógrafos, lámparas de petróleo, críticos de arte descontentos, y hasta amantes rivales.

Era un ogro, un hereje, un gran seductor a pesar de su fealdad. Para el hombre y la mujer sería imposible no reconocerlo cuando apareciera en el muelle. Rostro infantil, frente prominente y lisa, ojos grandísimos y muy separados, quedarían impresionados, como todos los que lo veían por primera vez, por esa mezcla de dulzura y fuerza, por esas manos tan pequeñas para tan amplio cuerpo, por toda esa melancolía, esa febrilidad, por esa inteligencia casi monstruosa. Ese hombre era Diego Rivera.

3

Al cabo de una semana el petrolero alcanzó su velocidad de crucero. Los días soleados fueron borrando el recuerdo de la partida una fría madrugada. Por momentos, el pesado navío picaba vertiginosamente en la marejada que parecía contonearse; por otros, se erguía lentamente en movimiento ascendente. Su estela hendía el cuerpo azul-negro, dejando a su paso, en un estruendoso galope, dos alas inmensas de espuma blanca. No se veía costa por ningún lado, tan sólo un gran vacío marino horizontal.

A bordo la vida seguía. Incluso llegó a ponerse en marcha una especie de rutina. Por la mañana, el hombre se dedicaba a redactar artículos sobre los procesos de Moscú, que entonces acaparaban la política soviética, y que quizás un día darían lugar a un ensayo que podría llevar por título *Los crímenes de Stalin*. Por la tarde, leía atentamente libros sobre México, aquel país que se preparaba para recibirlo y que desconocía por completo. Para relajarse, leía una biografía de sir Basil Zaharoff, un naviero y financiero griego originario de Estambul, con lo que se

convencía de que el capitalismo internacional estaba podrido hasta la médula. Había momentos en los que abría un pequeño cuaderno azul, su diario, y dejaba algunos apuntes, pensamientos íntimos, procurando no ceder a la melancolía.

La mujer, por su parte, no podía dejar de remontar el tiempo hasta aquel 20 de febrero de 1932, día en que un decreto gubernamental los había privado de la ciudadanía soviética, cerrándoles de este modo cualquier posibilidad de regreso a Rusia. Desde entonces estaban condenados a llevar una vida de privaciones, buscando constantemente algún refugio, permanentemente amenazados por la posibilidad de un atentado perpetrado por los rusos, ya fueran blancos o rojos.

Lo que la mujer llamaba su «exilio perpetuo» había empezado mucho antes, en 1928, desde que fueron desterrados al pueblo kazajo de Almá-Atá, desde su estancia en Estambul, y en Odesa, desde el arresto domiciliario en la isla de Prinkipo, luego en Kadiköy. En cuanto a su llegada a Marsella en julio de 1933, y su posterior estancia en Royan, y luego en Saint-Palais, Bagnères-de-Bigorre, Barbizon, seguido por su expulsión decidida por el gobierno de Daladier, obligándolos a vivir sin visado, desprovistos de cualquier recurso, no había hecho más que empeorar las cosas. Los últimos meses vividos en Francia podían resumirse a una serie de pesadillas, desilusiones y agravios. Incomunicación, estricta vigilancia, correspondencia interceptada, línea telefónica suspendida, sin derecho a recibir libros, periódicos o visitas, y en todo momento las amenazas de muerte. Al no haberse ordenado el arraigo domiciliario en Reunión o Madagascar, tuvieron que vagar de hotel en pensión, de casas de amigos a viviendas desconocidas: Dijon, Saint-Boil, Chamonix, Bourg-en-Bresse, Grenoble, La Tronche, Lyon, y por último, Domène, donde vivieron un año en casa del maestro de primaria Laurent Beau. Su última estadía en Noruega no había sido más que un largo descenso al infierno, hasta su internamiento en el pueblo de Sundby, donde permanecieron unos meses, vigilados constantemente por trece policías, antes de poder abandonar el territorio

de aquella calma, severa y afable Noruega, que finalmente había arrendado para ellos el petrolero *Ruth*.

A lo largo de todos aquellos años nada les había sido eximido. Así pues, en vísperas de su expulsión de Oslo, su doctor, su abogado y su administrador, tras haberles presentado juntos sus honorarios para así tener la certeza de recibir el pago, habían conseguido incautar sus cuentas bancarias.

—¿En qué piensas? —preguntó el hombre una tarde, mientras observaba a la mujer que rascaba con la uña el viejo roble del ojo de buey.

—En Barbizon —contestó ella riéndose.

—No le veo la gracia, sinceramente.

—¿No recuerdas el estallido en la prensa a los pocos días de haber llegado a Barbizon?

—No —dijo el hombre volviendo a su libro.

—Los periodistas hablaban de extranjeros estrafalarios que vivían enclaustrados, que no bebían más que leche, que no veían a nadie.

—No, no me suena para nada.

—Nos tomaban por traficantes, falsificadores. ¡Incluso se llegó a hablar de drogas, de trata de blancas!

—Y todo esto acabó en la anulación de nuestro permiso de residencia en Francia, ¿no es así?

—¡Ves que sí lo recuerdas!

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿De qué sirve sacarlo a colación una y otra vez? ¡Olvidalo ya! ¿Quieres?

Otra tarde, con la mar turbulenta y el petrolero cabeceando peligrosamente, el hombre y la mujer se miraron, como acostumbraban hacerlo, cada quien adivinando en los ojos del otro las mismas inquietudes: «¿Cómo será nuestra vida en la Ciudad de México... si es que logramos llegar?». Las mismas inquietudes, pero también el mismo miedo, intacto día tras día: antes de irse, se les había alertado reiteradamente que en ese país, México, unos cuantos dólares bastaban para contratar a un asesino.

4

El «amigo desconocido», Diego Rivera, tenía mujer. Se trataba de su tercera esposa. Desde aquella boda en 1929, él con cuarenta y dos años, y ella con veintidós, se habían separado en varias ocasiones y habían vuelto a vivir juntos. Por el lado de su madre, la mujer tenía sangre indígena y española; por el lado de su padre, sangre alemana pero también judía húngara de origen rumano. Bellísima, acostumbraba vestirse de tehuana y llevaba suntuosas joyas, muy llamativas. Le gustaba el vino, el sexo y tenía boca de carretonero.

Desde que un terrible accidente la había dejado al borde de la muerte, pero del que se había recuperado milagrosamente, había tenido que enfrentarse a cantidad de abortos, había sufrido múltiples cirugías, y había tenido que llevar corsés ortopédicos. Más de una vez, suspendida por los pies, desnuda con la cabeza colgando, tuvo que vivir con el olor del cloroformo, rodeada de coágulos de sangre, vendas, agujas, bisturís. Había sido atada, perforada, atontada por los analgésicos. Pero pertenecía a aquella generación impetuosa heredera de la Revolución

mexicana, animada por potentes deseos de cambio, un ardor infalible, un activismo convencido de tener la razón. Miembro del Partido Comunista, veía en su militancia un modo de afirmarse en la vida y sobrellevar su dolor.

Era dinámica, jovial, y contra todo pronóstico, feliz de vivir. Por eso frecuentemente proclamaba: «Platón es un cretino al afirmar que el cuerpo es la tumba que nos aprisiona igual que la concha encierra a la ostra». Por eso gritaba a los cuatro vientos: «¡No lo entienden, compañeros, no me aferro a mi dolor sino a su originalidad!». De hecho, cada vez que penetraba en un quirófano, se peinaba cuidadosamente, se maquillaba el rostro, se pintaba los labios de un rojo vivo y gritaba a los cirujanos: «¡Viva la vida!».

Al igual que Diego, pintaba. Es decir, transformaba su sufrimiento en arte, era como el rey Midas, quien convertía los excrementos en oro. Para ella, pintar era un conjuro.

A principios del año 1937 era sin duda menos conocida que su esposo, pero ya había pintado cuadros hermosos y fuertes, y dibujado mucho, al óleo, con pastel y lápiz. Se trataba de una obra curiosa, llena de humor y violencia. En *Unos cuantos piquetitos*, se podía contemplar a una mujer lacerada a cuchillazos y, parado a su lado, al asesino, blandiendo en su mano derecha el puñal ensangrentado. En *Henry Ford Hospital* o *La cama volando*, se había representado a ella, desnuda en un charco de su propia sangre. Acababa de pasar por un nuevo aborto y sostenía en sus manos seis venas rojas, atadas unas a fetos, otras a espinas dorsales, un caracol, una orquídea, huesos pélvicos... «Tremendo autorretrato, ¿no te parece?»», solía murmurarle al oído a quien estuviera mirando aquel cuadro.

Mientras el petrolero se dirigía a Tampico, ella se reponía de una tercera operación en el pie derecho, durante la cual le habían sido extraídos huesos sesamoideos. Había tardado en cicatrizar y la úlcera trófica no había sanado del todo. Se hallaba nerviosa, sabiéndose a punto de recaer en cualquier momento en la anorexia, y todavía sentía en la espalda, a la altura de la

columna vertebral, dolores punzantes. Estaba aturdida con los sedantes, que se tomaba diluidos en tequila. A pesar de lo que ella llamaba sus «problemitas de salud», estaría presente en el muelle y recibiría al hombre y a su mujer. Su nombre: Magdalena Carmen Frida Kahlo.